

Don Alejandro, hondamente condolido de él, para dulcificarle en lo posible el amargor de las suyas y acabar de explicarse, continuó en estos términos:

— Yo no tengo nada que tachar en Leto, amigo mío, y mucho menos en usted: por donde quiera que se les considere, valen tanto como nosotros, más si es preciso; pero yo, como le he dicho, tenía mis planes; los vi desbaratados de repente y cuando más seguros los creía; supe la causa de ello; y ¡qué canástoles! don Adrián, hice, por de pronto, lo que hubiera hecho usted en mi caso: aislarme del peligro para pensar á solas, para discurrir sobre él... No es uno dueño de los primeros movimientos del ánimo; y la amarga sorpresa me ofuscó. No me detuve á elegir un pretexto que, sirviendo á mis fines, no le causara mortificaciones á usted: lo confieso. Además, contaba con que la ráfaga pasaría pronto, si es que no era una ilusión de mis sentidos; pero sucedió lo contrario, don Adrián; lo sospechado resultó evidente, de toda evidencia, y entonces acabé de cegarme. Este es el caso. Perdóneme usted lo que le haya al-

canzado indebidamente de mi enojo; y para conseguir ese esfuerzo de su corazón, póngase, como antes dije, en mi lugar.

Callóse Bermúdez; y alzando en seguida la cabeza el boticario y levantando poco á poco los ojuelos hasta él, exclamó entre acobardado y aturdido:

— Verdaderamente, sí señor, es sorprendente... y espantoso, el caso ese... ¡lo que se llama espantoso!... Vamos, que necesito ¡caray! haberle oído en boca de usted, para darle crédito, sí señor, ¡caray, caray, qué desdicha! Algo así tenía que ser para un castigo como el impuesto... que es dulce ¡caray, muy dulce! para la enormidad de la falta, eso es. Pero señor, ¿cómo la ha cometido ese chico? ¿qué espíritu malo le emborrachó? Porque él es incapaz de atreverse á tanto, verdaderamente, de por sí: la misma cortedad andando, eso es, y el respeto, ¡caray! y la gratitud... Es más: él me ha visto en las angustias de estos días, sí señor, y me ha oído amontonar, eso es, conjeturas y supuestos; y nada, ni una palabra, ¡él, caray, que es todo franqueza y sencillez!... Vamos, señor don Alejandro,

que lo creo, eso es, pero que no me lo explico.

— Los dos podemos tener razón, señor don Adrián, — replicó Bermúdez continuando sus paseos en corto. — Cabe perfectamente que su hijo de usted haya hecho el daño sin propósito de hacerle, y que ignore á estas horas lo que ha hecho. El corazón humano es así muy á menudo: para saber el valor positivo de lo que contiene, necesita, como ciertos metales, probarse en la piedra de toque. Eso hice yo en mi casa, don Adrián: someter un afecto, quizá desconocido del alma que le contenía, á aquella prueba... Y así le descubrimos los dos. La misma prueba hecha en casa de usted, hubiera producido idéntico resultado.

— No me atrevo á negarlo ni á ponerlo en duda, señor don Alejandro: después de lo que usted me ha dicho, eso es... creo, creo hasta en agüeros... ¡y en las brujas, caray!

— El caso es, amigo mío, que el daño existe, para mi desgracia.

— Esa es, mi señor don Alejandro, la

que yo lamento: no la mía, que ya no me preocupa.

— Y vuelvo á repetirle que no me quejo de nadie, sino de mi mala fortuna; que no alzo ni bajo ni estimo en más ni en menos á su hijo de usted, ni le quito ni le pongo al acudir á ciertos extremos y al expresarme de cierto modo; pero yo tenía mi rumbo trazado, mis planes hechos...

— Sí, mi señor don Alejandro: usted tenía sus planes ¡muy bien tenidos!... eso es, y muy bien hechos; planes ¡caray! de toda la vida, que son, sí señor, los más estimados; y si esos planes, supongamos, le hubieran fallado por una causa... ordinaria y corriente, eso es, y común de todos los días, usted ¡caray! hubiera formado otros á su gusto; mientras que de este otro modo, eso es...

— Por consiguiente, señor don Adrián, no debe chocarle á usted que, sin dejar de estimarlos á los dos, á usted y á su hijo, en lo que valen, persista por ahora en mi determinación... Esto no es cerrar á usted las puertas de mi casa, entiéndalo usted bien...

— ¡Chocarme á mí nada de eso! — exclamó don Adrián levantándose de la silla, tembloroso y con los ojos empañados. — ¡Creer que me cierra usted las puertas de su casa... cuando voy, eso es, á cerrármelas yo mismo! Porque debo cerrármelas, ¡caray! y no volver á llamar á ellas mientras no traiga en las manos, sí señor, las pruebas de haber reparado la ofensa ¡caray! inferida á usted... Y se reparará, sí señor, yo lo fío.

— No es fácil, amigo don Adrián.

— Yo repito que lo es, mi señor don Alejandro... ¡Yo repito que lo es! Yo conozco á mi hijo; yo sé que es de noble condición, honrado, sí señor, y pundonoroso como él solo, ¡caray!... Yo sé que es incapaz de levantar, eso es, los ojos más arriba ¡caray! de la talla, digámoslo así, que le pertenece; que estima y considera la amistad de usted, ciertamente, por encima, eso es, de toda otra ambición; que no ignora lo que yo me pago ¡caray! y me enorgullezco de ser... de haber sido, el amigo más estimado, eso es, del señor don Alejandro Bermúdez Pelechés; mi hijo sabe, finalmente, que es gu-

sano de la tierra, ¡caray! y tiene demasiada inteligencia, y rectitud por demás, para atreverse ¡caray! con las águilas de las alturas: eso es.

— Pero don Adrián, — díjole Bermúdez mientras encendía con una cerilla una vela puesta en un candelero sobre la mesa, porque había anochecido ya, — si no se trata...

— Por anticipado, desde luego, mi señor don Alejandro, — continuó el farmacéutico sin hacer caso de la interrupción, — le prometo á usted que mi hijo cumplirá con su deber, como yo cumplo ahora, y he de cumplir en adelante con el mío, eso es. Si tiene también sus planes, que lo dudo, contrarios á los de usted, yo le diré, sí señor, que los destruya; y los destruirá; que no mire jamás hacia Pelechés, eso es; y cegará antes, sí señor, que faltar á mi mandato; que se hunda en el polvo de la tierra; y se hundirá, eso es; se hundirá hasta los abismos ¡caray! más tenebrosos y profundos. Lo fío, porque le conozco, y por ser además todo ello de justicia; de reparación debida á usted, verdaderamente, por una parte; y

por otra, de pundonor ¡caray! para nosotros, eso es.

— Repito que usted extrema las cosas, amigo don Adrián.

— ¡Ojalá fuera verdad! Pero estoy en lo justo, sí señor, por mi desgracia, don Alejandro; en lo que debo, eso es, en lo que debo, en lo que debemos á usted mi hijo y yo, eso es, como le decía, y en lo que nos debemos ¡caray! á nosotros mismos. En el mundo, señor don Alejandro, aquí, en este rinconcito de Villavieja, hay muchos ojos ¡caray! y muchas lenguas; no todos los ojos ven las cosas por una misma cara, ni todas las lenguas explican de un mismo modo lo que los ojos ven. La señorita Nieves es hija del rico caballero don Alejandro Bermúdez Peleches, ¡caray! y el padre de Leto es el pobre don Adrián Pérez, boticario de Villavieja... eso es; y en un paño como éste ¡caray! pueden entrar muchas tijeras, como haya ganas de cortar, que nunca faltan... En fin, ya puede usted comprenderme; y yo, mi señor don Alejandro, que he conservado con honra durante setenta y cinco años, eso es, la vida que recibí

de Dios, con honra quiero entregársela el día en que me la reclame, que bien cercano está ya... Eso es.

Bermúdez ya no daba vueltas por el gabinete: se había detenido delante del boticario; y á pie firme y con la cabeza algo gacha y la mirada de su único ojo clavada en los humedecidos de él, escuchaba sus ardorosos razonamientos.

— Y ahora — dijo en conclusión el atribulado farmacéutico — que ya llevo lo que venía buscando, y aun algo más, eso es, si bien se mira, y sé á lo que debo atenerme, si usted me da su permiso me vuelvo á mi casa... para terminar debidamente lo comenzado á tratar aquí... Pero me atrevería, por término, eso es, y por remate de nuestro coloquio, á pedir á usted una gracia... ¡la última, señor don Alejandro, por no molestar!

— Yo tendré siempre — le respondió Bermúdez afablemente — el mayor gusto en servirle en cuanto pueda, señor don Adrián: no lo dude usted un momento.

— No lo dudo, señor don Alejandro, — replicó el otro. — Y voy, en prueba de ello, á la súplica. El camino hasta mi casa no deja

de ser largo y escabroso, y ya ha cerrado la noche, eso es; ordinariamente, no me las arreglo bien con las tinieblas; pero en el estado ¡caray! en que me encuentro ahora, á la verdad, fío poco de mis fuerzas; y una caída á mis años... ¡caray! ¿Tendría usted inconveniente en que me acompañara un ratito, por lo más oscuro nada más, eso es, su criado Ramón?

— Sí señor que le tengo, — respondió Bermúdez dirigiéndose á la alcoba de su gabinete, — porque quien le va á acompañar á usted, soy yo.

— ¡Usted, señor don Alejandro? — exclamó asombrado el boticario.

— Yo mismo, señor don Adrián, — respondió Bermúdez desde allá dentro, — en cuanto me calce las botas. Así como así, no me vendrá mal orear un poco la cabeza fuera de casa.

Don Adrián sintió la fineza de su amigo, como una lluvia serena en el estío las plantas mustias.

Apareció pronto don Alejandro con todos los pertrechos necesarios para ponerse en marcha, y el boticario le dijo:

— No he intentado siquiera saludar, eso es, ofrecer mis respetos á la señorita Nieves, porque verdaderamente es mejor que ignore, eso es, que yo he hablado con usted.

— Nieves anda otra vez maleando de la cabeza, y se había tendido sobre la cama un poco antes de llegar usted. Sin eso, la hubiera usted saludado, porque no quita lo cortés á lo valiente, señor don Adrián. Conque cuando usted guste...

Salieron ambos del gabinete; entró don Alejandro en el de su hija; volvió á la sala á poco rato dando al boticario la noticia de que



Nieves estaba mejor, y se fueron los dos pasillo adelante.

Al desembocar en la plazuela de la Colegiata, se despidió Bermúdez de su viejo amigo con un fuerte apretón de manos.

— Ya está usted en sagrado, — le dijo, — y yo me vuelvo á mi escondite.

— Gracias por todo, ¡por todo, sí señor, caray! — respondió el boticario trémulo de voz y conmovido, como si se despidiera de don Alejandro hasta la eternidad.

Retrocedió Bermúdez hacia Peleches; y andando cuesta arriba y meditando, dejó escapar de su pensamiento, y como si fueran el resumen de sus meditaciones, estas palabras:

— ¿Qué apostamos ¡canástoles! á que ese pobre boticario vale mucho más que yo?



XII

«EL FÉNIX VILLAVEJANO»

ACOMPAÑADO del propio Maravillas, que para eso y para dirigir y *mejorar* á su gusto la edición, había ido dos días antes á la ciudad, entraba en Villavieja el paquete de los quinientos ejemplares, húmedo todavía y exhalando el tufo que enloquece á los pipiols y regocija á los veteranos en la esgrima de la péñola, al mismo tiempo que